

Apuntes para el siglo XXI

Educación y felicidad

Si educar es ayudar a vivir, la buena educación debe mostrar además el camino de la felicidad.

La educación es un proceso humano tan antiguo como el hombre. Es un proceso esencial para la supervivencia del grupo y para la continuidad de la especie humana. A través de la educación, el ser humano transmite los conocimientos atesorados por un grupo, instruye en las normas de convivencia, muestra la experiencia adquirida por el grupo y señala las posiciones que cada cual debe asumir en el colectivo. La educación potencia la transmisión sistemática de la cultura del grupo, refuerza el sistema dominante y procura integrar a los nuevos elementos del grupo en el sistema social, cultural y político. Desde esta perspectiva, un buen sistema educativo es aquel que facilita la asimilación y acogimiento social, cultural y económico de un mayor porcentaje de ciudadanos, minimizando porcentualmente a los marginados sociales, contraculturales y delincuentes. Cualquier proyecto educativo promueve la excelencia de los educandos en el marco del sistema educativo vigente, de tal manera que las generaciones maduras y dominantes pretenden formar e instruir a los nuevos educandos para lograr una nueva generación de ciudadanos que continúen y mejoren el proyecto social existente. Desde esta óptica, un buen sistema educativo es aquel que amplía la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos sin distinción de ideología, origen, raza, género o credo y propicia la satisfacción vital de sus ciudadanos y también del grupo al que pertenece.

I

La felicidad es, básicamente, un estado de ánimo que corresponde a una situación temporal del ser para quien las circunstancias de su vida transcurren tal como se desean. Es decir, la vida deseada por un individuo coincide en un momento determinado con la vida real. Felicidad es sinónimo de alegría serena, estado de ánimo placentero o satisfacción profunda y ha sido un tema de debate en la filosofía desde los tiempos de la antigüedad clásica. En las filosofías antiguas la felicidad era el fin último y supremo bien del hombre que podía conseguirse ya por el placer (hedonismo, epicureismo), ya por la razón (Sócrates, Platón, Aristóteles), o ya sea por el dominio del dolor y las pasiones (estoicismo). En las filosofías modernas se sustituye el concepto individualista y egoísta del concepto de felicidad de la Antigüedad y se articulan planteamientos éticos en los que la felicidad individual se debe vincular cada vez más a la del otro para que sea efectiva. Así, aparecen distintas interpretaciones sobre la condición esencial de la felicidad y los medios necesarios para alcanzarla: el sacrificio y la caridad para con el otro (del cristianismo), el concepto altruista de la felicidad (defendido por el economista Adam Smith y por el filósofo y pedagogo Jean Jacques Rousseau) para quienes la felicidad individual no puede existir si no viene acompañada, de algún modo, por la felicidad del otro. O incluso existen filósofos, como Kant, que prescinden de la felicidad como motivación, ya que esta condición se constituye en un imperativo necesario de la razón.

En la actualidad, la psicología positiva, promovida fundamentalmente por corrientes psicológicas anglosajonas que buscan el bienestar del hombre posmoderno y el desarrollo del potencial humano, se contrapone a la psicología “negativa”, centrada casi exclusivamente en los traumas, trastornos y patologías de la mente. La psicología positiva estudia básicamente las emociones placenteras, el desarrollo de las virtudes y la búsqueda de la felicidad. La base de sus análisis y estudios parte de la base de que el dinero, a partir de un cierto nivel mínimo, no da la felicidad, sino que existen una serie de factores intrínsecos y extrínsecos que inciden en el logro de la felicidad. Desde esta comprobación se observa que, en las sociedades desarrolladas, una parte importante de sus individuos tiende a tomar atajos para conseguir el placer (las drogas, el sexo sin amor, la televisión, las compras, la buena vida) y, en una sociedad rica, cada vez existen más atajos. Por otra parte, asistimos a un proceso de creciente individualización del hombre posmoderno frente al grupo, lo que supone para la persona una disminución (o incluso pérdida) de la familia, del grupo amical, de la comunidad o del círculo religioso. Éstas eran las instituciones tradicionales que apoyaban al individuo en los momentos difíciles y que han supuesto siempre, a lo largo de la vida de las personas, centros de acogida, de antidepresión y de rehabilitación personal y social. Finalmente, también las Ciencias Sociales han vertebrado teorías en las que resaltan que el individuo es víctima de su entorno y que lo importante no es el individuo sino el contexto, que a su vez manipula y limita al individuo. Todo ello dibuja un panorama sombrío para que el hombre de nuestros días pueda alcanzar la felicidad. Pero en lo que sí que están de acuerdo filósofos y pensadores es en que, para que el individuo pueda lograr altos niveles de satisfacción vital e incluso conseguir la felicidad, debe poseer un sólido nivel de formación personal.

Según el británico Richard Layard (*La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia*, Taurus, 2005), la ciencia económica identifica a menudo felicidad con poder adquisitivo, lo que supone un error, ya que las vidas de los ciudadanos de los países desarrollados de Occidente son mucho más cómodas que hace cincuenta años y con mayor calidad de vida y, sin embargo, no somos más felices que nuestros antepasados. Este autor (al igual que su compatriota Jeremy Bentham, filósofo del siglo XVIII) apuesta por que la mejor sociedad es aquella que produce mayor cantidad de felicidad, por lo que este economista cree que en el futuro se deberá pensar en trabajos más flexibles, que atiendan más a la motivación de los trabajadores que a su extrema competitividad. En esta línea, Bután, un pequeño país asiático entre India y China, con una renta mensual de 46 dólares por persona, está considerado como uno de los estados más felices del planeta. Posee un Gobierno cuyo interés prioritario consiste en lograr la felicidad de sus ciudadanos, por lo que ha sustituido el término internacional de Producto Nacional Bruto por el de Felicidad Nacional Bruta. En España, Eduard Punset (*Viaje a la felicidad*, Ediciones Destino, 2005), dice que la revolución científica del último medio siglo ha desatado el cambio más importante en la historia de la evolución del hombre: la prolongación de la esperanza de vida y, con ella, el deseo de ser feliz aquí y ahora.

II

Al hilo de estas inquietudes, sorprende la aparición de dos estudios mundiales sobre la felicidad en el planeta. La Universidad de Leicester (Reino Unido), ha elaborado el primer Mapa Mundial del Bienestar Subjetivo (2006), estructurado tras una encuesta a 80.000 personas de todo el mundo, según las cuales el país más feliz es Dinamarca, seguido de Suiza y Austria, mientras que Zimbabue y Burundi ocupan los últimos lugares del ranking de la dicha. Este estudio se cimentó en el análisis de la esperanza de vida, el bienestar económico y el acceso a la educación de la población. Algunas explicaciones al resultado son que los países más felices son aquellos que menos expectativas de futuro tienen y, además, la población de países pequeños suele ser más feliz porque tiene un mayor sentimiento de comunidad. En la encuesta semestral de la Comisión Europea se refuerza la anterior clasificación, ya que sitúa también a Dinamarca como la población más feliz de Europa. Kaare Christensen, el autor del informe publicado en *British Medical Journal*, justifica que los daneses son más dichosos porque son los que menos expectativas de futuro tienen y pertenecen a una comunidad pequeña. En esta clasificación EE.UU. ocupa el lugar número 23 y España el 46, entre un total de 177 países. Para contrarrestar este estudio, la consultora londinense *New Economics Foundation* y la ONG *Friends of the Earth* elaboraron el Índice del Planeta Feliz (2006). Los autores del estudio se fundamentaron en indicadores como la esperanza de vida y el impacto medioambiental de la población sobre su territorio, combinados con el subjetivo sentimiento de felicidad, y llegaron a la conclusión de que el mejor sitio para vivir es Vanuatu, una pequeña isla del Océano Pacífico que vive de la agricultura y la pesca, y posee una esperanza de vida de 68'6 años. En esta lista aparecen en los primeros lugares países como Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Panamá y Cuba. Los EE. UU. se encuentran en la posición 150, Francia en la 129 y España en la 85, de un total de 178 países. Este índice concluye que los países más ricos no son precisamente los más felices.

Dos de las personas más insignes de la psicología positiva, Martin Seligman y Christopher Peterson (*Character, strengths and virtues. A handbook and classification*, Oxford University Press, USA), elaboraron en el año 2004 una lista de las seis virtudes imprescindibles para alcanzar la felicidad:

1. Sabiduría y conocimiento, que se traduce en curiosidad, creatividad y aprendizaje.
2. Coraje, para la consecución de metas ante situaciones de dificultad.
3. Humanidad y amor, para ser consciente de las emociones y sentimientos personales y ajenos.
4. Justicia, con el fin de lograr una vida en comunidad saludable.
5. Templanza, para protegerse de los excesos.
6. Trascendencia, para dar significado a la vida.

Epílogo

Las propuestas morales que nos ofrece la psicología positiva completan y refuerzan nuestra filosofía de educación y, sobre todo, nos señalan el camino, que no la meta.

Si queremos contribuir eficazmente en la formación de nuestros alumnos y que éstos puedan ser seres vitales y felices, colaborando en la reconstrucción de una sociedad solidaria, equitativa y sostenible, los educadores debemos participar activamente en la vertebración de una educación sólida, personalizada y en armonía con el contexto social y medioambiental; mostrando en lo posible el camino de la felicidad.

JAVIER OLIVERA BETRÁN

jolivera@gencat.net